
I

La idea de la Revolución.—Inteligencia entre el Sr. Madero y los anti-reeleccionistas de la Capital.—El Comité Ejecutivo solicita la nulidad de las elecciones generales.—Respuesta del Congreso.—Actitud de los Clubs, las escuelas y los campesinos.—Plan de San Luis Potosí.—Fuga del Sr. Madero.—Emigración de anti-reeleccionistas.—La Conspiración en la Capital.—Jornadas estudiantiles del 9 y 10 de Noviembre; su repercusión.—Descubrimiento del complot.—Arresto de los jefes.—Su plantación del Centro Antireeccionista.

Cuando, á principios del año de 1910, y en una de sus giras democráticas, Don Francisco I. Madero estuvo en Chihuahua, le dijimos: Señor, tenemos la firme creencia de que el Gobierno se impondrá sobre la voluntad popular en las próximas elecciones. ¿Nos quedaremos burlados?—Iremos á donde nos lleven,—contestó el Sr. Madero.

En mayo del mismo año, se recibieron varias cartas de Veracruz, Coahuila y otros Estados, en que se expresaba “que no se confiaría para nada en la campaña democrática; que el dictador engañaría por la milésima vez al pueblo; que se contara con tantos hombres; que no necesitaban más que armas, jefes y saber el lugar, la hora, etc., etc.”

Por aquel entonces existían ya, en toda la República, centenares de Clubs políticos, que en plena luz hacían propaganda electoral, y á ocultas propagaban la idea revolucionaria, si bien velada en cierto modo.

Llegadas las elecciones, el pueblo luchó legalmente, y, como se había previsto, fué burdamente engañado. Tanto este hecho, como el de la aprehensión del Sr. Francisco I. Madero en Monterrey—7 de junio de 1910—no hizo más que acrecer la excitación popular.

El Congreso de la Unión, ¡por octava vez! declaró

Presidente de la República al General D. Porfirio Díaz, y reelecto Vicepresidente á D. Ramón Corral.

Después de esto, el Comité Ejecutivo del Centro Anti-reeleccionista, al mismo tiempo que reunía actas, documentos y demás piezas para solicitar la nulidad de las elecciones generales—solicitud que era el último recurso legal—conspiraba. El Lic. Federico González Garza, Presidente del Comité Ejecutivo, y otros caracterizados antirreeleccionistas visitaban al Sr. Madero en la Penitenciaría de San Luis Potosí, ó le escribían, para ponerse de acuerdo sobre el movimiento revolucionario. El Sr. Madero estaba resuelto á salir de la Penitenciaría “de grado ó por fuerza;” así lo dijo en una entrevista al Lic. González Garza.

—“No entonéis el hossana del triunfo—escribía en agosto Aquiles Serdán, desde la Sierra de Oaxaca,—no entonéis el hossana del triunfo, señores Porfiristas y Corralistas, que aún no hemos los antirreeleccionistas quemado el último cartucho.....”

En 17 de septiembre, la Cámara de diputados contestó á los memoriales en que el Comité Ejecutivo objetaba la validez de las elecciones y pedía se declarasen nulas. He aquí la respuesta: “Dígase á los signatarios de los memoriales de 1º, 8 y 23 de este mes, que no ha lugar á declarar la nulidad de las elecciones verificadas en los meses de junio y julio de este año para la renovación total del Poder Ejecutivo y parcial del Poder Judicial, ambos de la Federación.

“Lo que participamos á ustedes para los efectos correspondientes.

“México, septiembre 27 de 1907.—*Vicente Villada Cardoso*, diputado secretario.—*A. de la Peña y Reyes*.—diputado secretario.”

Corremos á la Historia traslado de ese documento!

Perdida, pues, toda esperanza de justicia, los conspiradores ya no tuvieron más idea que esta: la Revolución.

El Comité Ejecutivo se reunía frecuentemente en el despacho del Lic. González Garza, en la Avenida del Cinco de Mayo. De allí salían emisarios y comisionados á distintos puntos de la República.

Algunos decididos clubes de la Capital, como el Nacionalista Democrático, hacían una propaganda terrible, y en sus sesiones secretas—nos consta por testigos oculares—*se juraba la Revolución*.

En las escuelas de la Capital, principalmente en la de Medicina, se hablaba misteriosamente; en todas había agitación *subterránea*.

En los campos la idea cundía prodigiosamente; mu-

chos campesinos de la frontera del norte viajaban con insólita frecuencia; decían que “por las fiestas patrias.” Enorme elipsis.

El Gobierno Federal y los caciques de los Estados, que tan hábiles se mostraron en las persecuciones contra los anti-reeleccionistas, no se daban cuenta de estos trabajos *mineros*; la celebración cesárea del Centenario de nuestra Independencia absorbía toda su atención: como había que atender á los extranjeros, no se podía echar una ojeada á los nacionales.

Hemos apuntado estos hechos, aparentemente vagos y aislados, porque fueron manifestaciones externas de una idea general. Aunque hayamos expuesto tal ó cual observación, la verdad es que el pueblo todo se estremecía al mismo impulso. La Revolución flotaba en la atmósfera y anidaba en el cerebro de las multitudes.

Desde principios de Septiembre el Sr. Madero obtuvo su libertad caucional y la del Lic. Roque Estrada, su compañero en las giras democráticas, por \$12,000 y con la obligación de permanecer ambos en la ciudad de San Luis Potosí; fué fiador de ellos el Dr. don Rafael Cepeda.

En colaboración con el Lic. Estrada y el Dr. Cepeda, el Sr. Madero formuló el *Plan de San Luis Potosí*, que en la misma ciudad firmó el 5 de Octubre de 1910.

Al día siguiente de firmado el *Plan de San Luis*, el Sr. Madero se fugó de la ciudad, rumbo á los Estados Unidos del Norte, en donde penetró por Laredo, Estado de Texas. Allí publicó un saludo al pueblo norteamericano, que comenzaba con estas palabras: “Ayer pisé vuestro suelo libre. Vengo huyendo de mi país, gobernado por un déspota que no conoce más ley que su capricho....”

El 12 de Octubre abandonó la capital el Sr. Lic. Federico González Garza, pues había convenido con el Sr. Madero en que cuando éste se fugara de San Luis, se le reuniría en San Antonio, Tex. Ya se encontraban allí algunos miembros de la familia Madero; Juan Sánchez Azcona—perseguido por el gobierno de Díaz, desde que en 9 de Junio fué clausurado por cuarta vez el heroico diario “México Nuevo;”—Enrique Bordes Mangel, elocuente propagandista de las ideas libertadoras; Roque Estrada, colaborador del Sr. Madero en la lucha electoral y prófugo como él de la Penitenciaría de San Luis Potosí; y otros ardientes partidarios de la Revolución agrupáronse allí, poco después; constituyóse la Junta Revolucionaria de San

Antonio, venciendo mil dificultades, pues la policía comenzaba á sospechar de los refugiados mexicanos.

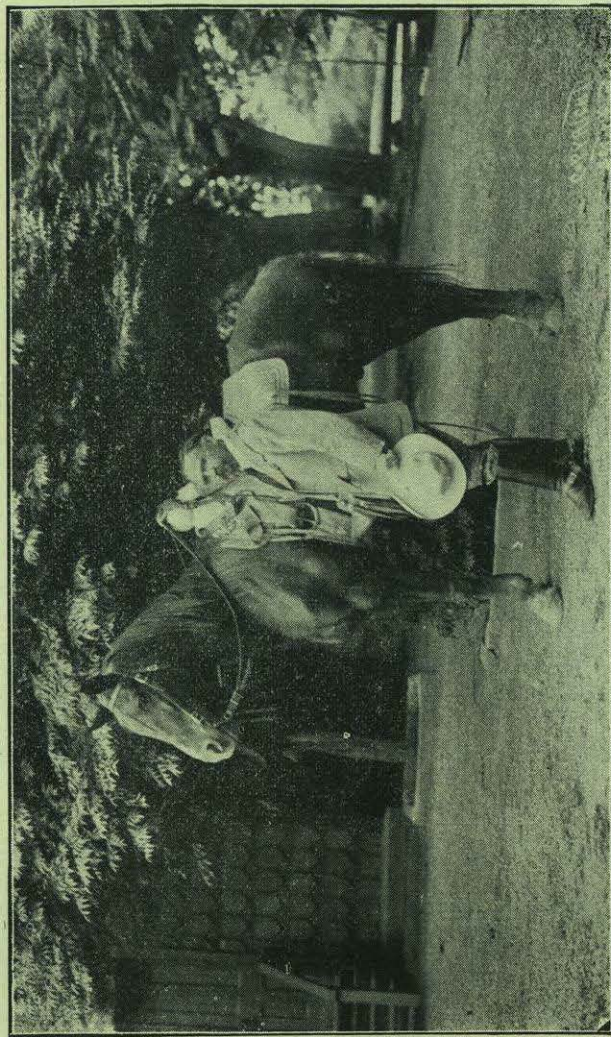
El Sr. José P. Lomelín—nuestro colaborador en la presente obra—habíase trasladado de Chihuahua al Paso, Tex., desde el 29 de Septiembre; era Teniente Coronel de Caballería en el Ejército Mexicano, retirado del servicio en 1897. De allí escribió á D. Abraham González—Presidente del Club Anti-Reeleccionista "Benito Juárez," de Chihuahua—quien por conducto del Prof. Braulio Hernández habíase puesto en comunicación con el Sr. Madero y había sido nombrado Gobernador Provisional del Estado de Chihuahua. El Sr. González se trasladó también á El Paso, y algunos días después unióseles D. José de la Luz Soto, del Comité Ejecutivo Electoral.

El éxodo de anti-reeleccionistas era cada día más alarmante: Aquiles Serdán, el Dr. Rafael Cepeda, Roque González Garza—hermano de D. Federico,—D. José M^o Maytorena, Carlos E. Randall, tantos, en fin... todos demócratas y llenos de ardor revolucionario; todos iban á tomar parte en la organización de expediciones armadas, á conocer el plan, recibir órdenes, etc., para regresar á territorio nacional y poner en práctica sus instrucciones.

En una junta verificada en San Antonio, en 6 de noviembre, se decidió que la Revolución estallase en diversos puntos del país, el domingo 20 de noviembre, día en que simultáneamente habría sublevaciones en las ciudades de México y Puebla, donde también se conspiraba y había muchas personas comprometidas á iniciar el movimiento.

La Junta Revolucionaria de la capital tenía ramificaciones en Pachuca, Veracruz y otras ciudades. Era director de ella el Ing. Alfredo Robles Domínguez; habíase designado como jefe militar al Sr. Francisco Cosío Robelo, y se contaban además, entre los principales conjurados, á Ramón Rosales, Abel Serrato, los Ings. Higuera Reed, Jesús Higuera Sevilla, Manuel Urquidí; Marcos González, Not. Rafael Silva, Octavio Bertrand y otros muchos, casi todos miembros de clubs anti-reeleccionistas y del Partido Nacionalista Democrático. Todos hacían una propaganda activísima,—á las veces imprudente—compraban armas con aparente sigilo, en armerías muy conocidas y en *bazares*, confiando excesivamente en... la buena suerte.

No los censuramos por sus imprevisiones y sus errores, que muchos y muy nobles sacrificios hacían en pro de la causa libertadora; pero desde el punto de



En campaña.—El Caudillo de la Revolución, C. Francisco I. Madero.

vista práctico, sus procedimientos tuvieron un funesto resultado, puesto que, como se verá más adelante, el descubrimiento ó la denuncia de la conspiración de la capital, puso al gobierno sobre aviso muchos días antes del señalado para la rebelión en toda la República.

En esto ocurrió un suceso que agitó fuertemente á la opinión pública, y que no la predispuso,—que predispuesta estaba desde años atrás—sino que la excitó contra el gobierno, distrajo á éste y favoreció á la incipiente revolución. Súpose que un mexicano de apellido Rodríguez, fué *lynchado* en los Estados Unidos: se le quemó vivo en Rock Spring. La prensa de la capital en gran parte, publicó violentos editoriales, y acto seguido los estudiantes organizaron manifestaciones de protesta contra el atentado. Sin embargo, tales manifestaciones no hubieran sido de trascendencia, á no haber obrado las autoridades políticas del Distrito, tan inicualemente como lo hicieron.

La primera manifestación comenzó en la tarde del día 9 de noviembre; todos los manifestantes eran de las escuelas profesionales ó secundarias, y al grito de *¡muera los linchadores! ¡viva la América Latina!* desfilaron frente á las oficinas de "El País," "El Diario del Hogar," y el periódico norteamericano "The Mexican Herald," pronunciando exaltados discursos frente á ellos. Recorrieron las principales avenidas en compacto grupo de cerca de 2,000 estudiantes y algunos centenares de paisanos; hasta allí podía decirse que la manifestación no había pasado de *gritos y sombrerazos* y alguno que otro vidrio roto; pero al llegar á la esquina de San Francisco y las calles de San Juan de Letrán, la estruendosa protesta estudiantil se convirtió en tragedia: la policía montada y la de á pie, á las órdenes del tristemente célebre Ramón Castro—oficial de gendarmería que se había *immortalizado* desde la jornada del 11 de septiembre—cargó á sablazos y garrotazos contra los inermes estudiantes. Varios de estos resultaron heridos, notablemente un joven de Preparatoria, de quince años de edad, á quien condujeron moribundo al Hospital; otros arrestados, y fueron incontables los transeuntes atropellados, entre ellos señoras y señoritas.

Al día siguiente en la mañana se repitió la manifestación, más numerosa y violenta que la anterior, y ya no sólo con el objeto de protestar contra el *linchamiento* de Rodríguez, sino con el de rescatar á los estudiantes presos, lo que no se consiguió, pues ni el Inspector General de Policía ni el Gobernador del Dis-

dez del Toro.—Trinidad Rojas.—Eulalio Martínez.—Antonio Díaz.—Octavio Bertrand.—F. Cosío R.—F. de P. Senties.—J. Sánchez Azcona.—G. Urquiza.—Tomás Silva.—Alfredo Ortega.—C. A. González.—Urbano Espinosa.—Francisco A. Beltrán.—C. Maldonado R.—Miguel C. Corona.—J. García.—Estéban García.—Isaac Barreira.—Jesús R. Gavaldón.—El Secretario, R. Estrada.—Rubricados.

Tanto así había despertado la opinión pública: pocos meses antes todos estaban de acuerdo en no tocar la Presidencia, dejándola al general don Porfirio Díaz por todo el resto de su vida, creyendo que, con esta salvedad, se permitiría trabajar á los partidos; pero al ver que ni aún así se conseguía la neutralidad del poder, se llegó á donde se debía haber llegado desde un principio: á proclamar el cambio total de gobernantes. El gobierno estaba asombrado de ese despertar de la opinión, si bien procuraba no dar á conocer ese asombro, y afectaba ver con desdén los trabajos de los partidos; pero la notable manifestación, organizada por Rafael Martínez en mayo, y en la que tomaron parte veinte mil personas y aplaudieron cuarenta mil, acabó con su afectado desdén, y le hizo comprender que de no luchar denodadamente contra un partido que tan poderoso se presentaba, podía ser vencido.

Entonces empezó la época del terror: *México Nuevo* y los demás periódicos de enérgica oposición fueron suprimidos; sus redactores encarcelados ú obligados á huir; las imprentas decomisadas; los demás periódicos también fueron amenazados; las cárceles se llenaron de presos políticos; el señor Madero y su compañero el licenciado don Roque Estrada fueron encerrados en la cárcel de San Luis Potosí; las elecciones generales se verificaron bajo la presión de la fuerza bruta, y tantas manifestaciones de rigor hubo, que se creyó que el partido antirreeleccionista y, en general, todos habían dejado de existir. Pero no era así, y aunque rodeados de asechanzas y de peligros sus principales miembros continuaban reuniéndose.

Hemos dejado para lo último hablar del partido corralista, tanto por corresponderle este lugar, cuanto porque, en concepto nuestro, no mereció ni el nombre de grupo político. Nació en mayo de 1904, cuando don Ramón Corral fué designado para Vicepresidente de la República, y durante varios años no se aumentó sino con uno que otro individuo que había recibido favores especiales del señor Corral ó debía á éste algún puesto. En 1909 tuvo algunos partidarios más que cre-

yeron interpretar la voluntad del general Díaz, de seguir teniendo á su lado en el próximo sexenio á su Ministro de Gobernación; pero, al ver el cariz que tomaban los acontecimientos, muchos de esos partidarios se resfriaron, y el señor Corral, durante las postrimerías de 1909 y principios de 1910, se vió solo. Al reunirse la Convención gobiernista se notó la ninguna popularidad que disfrutaba el Vicepresidente, y en las manifestaciones públicas posteriores, aunque los amigos de él procuraban asociar su nombre al del general Díaz, nunca lo consiguieron.

Dícese que don Ramón Corral, al que nada de esto se le escapaba, trató de no figurar en la época electoral como candidato del partido (el oficial); pero que no pudo conseguirlo por la actitud resuelta del general Díaz que exigió que continuase, como antes, en la Vicepresidencia.

Ya que hemos hablado incidentalmente del partido oficial, le dedicaremos algunas palabras: lo forman amigos personales del general Díaz, el cual, creyendo que siempre era popular, no estimó necesario, ni tener un partido que lo apoyase, ni organizar el partido liberal; por el contrario, procuró siempre destruir todos los partidos, como lo hizo con el llamado científico, que, si bien empezó con algunas pretensiones en 1892, comprendió después que peligraba la influencia de sus miembros, y aunque permitió que se le siguiera llamando partido y dejaba entender que su jefe era el Ministro de Hacienda, señor Limantour, en realidad se convirtió en una sociedad comercial que acáparó los mejores puestos públicos, se apoderó de los negocios grandes y chicos que producían buenas utilidades, y nunca se sació de solicitar concesiones, privilegios y granjerías. Este partido, si es que merece tal nombre, aún pretende existir, y sus miembros más notables ó han emigrado al extranjero ó están dispuestos á reconocer al nuevo gobierno, con tal que les deje disfrutar en paz de sus riquezas.

De todos los partidos á que hemos pasado revista, el único acreedor al título de tal es el antirreeleccionista, que se formó con la opinión, no se amilanó ante la adversidad y, al fin, se lanzó á la lucha, donde alcanzó excelso triunfo.

trito quisieron oír á los manifestantes. No hubo incidentes notables; pero la manifestación se reanudó en la tarde y en la noche del mismo día 10. Esta manifestación fué un verdadero motín contra la dictadura: entre los estudiantes habíamos muchos anti-reeleccionistas, más ó menos perseguidos durante la Campaña electoral y que sabíamos y propagábamos en aquellos días las ideas revolucionarias; esta circunstancia y la orden de hacer fuego, dada á la policía, provocaron los sangrientos desórdenes de aquella noche. En la Avenida Juárez y en las calles Anchas se efectuaron los choques; un gendarme puso la pistola en el pecho á un niño de doce años, viéronlo algunos estudiantes, y se arrojaron sobre el guardián y lo desarmaron; acudieron gendarmes montados y nuevamente Ramón Castro se cubrió de gloria: heroicamente repartieron sablazos sobre los valientes jóvenes, que no tenían más armas que los puños. No dejaron de oírse mueras al gobierno. En uno de los grupos oímos que un estudiante de medicina decía en voz baja á otro de leyes: "Oiga, compañero; no se comprometa en estas tonterías; ya sabe que dentro de poco habrá algo mejor." Después llegaron á nuestros oídos estas palabras: "San Antonio..... Puebla..... Serdán..." Esa misma noche, "El Imparcial" estuvo á punto de ser incendiado.

Al día siguiente el gobierno clausuró temporalmente las escuelas, y puso, frente á ellas, destacamentos de gendarmería montada.

Aún no terminaba la agitación estudiantil en la capital, cuando sucesos semejantes hicieron eco en Guadalupe, Chihuahua, Piedras Negras y otras ciudades.

A todo esto, los conjurados de la capital procedían con la expresada falta de tino; se hablaba de la revolución en algunos sitios públicos; se hacían reuniones y viajes sin la debida reserva; total: que por descubrimiento ó por denuncia—nosotros creemos en lo segundo—en los días del 14 al 15, el gobierno supo de la conspiración, y el 17 la prensa de la capital echó á volar esta noticia: "Se ha descubierto un complot para derrocar al gobierno." Naturalmente, cuando esto se supo públicamente, era porque los principales conjurados se hallaban ya en poder de la policía.

Los arrestos fueron violentos y repetidos: Francisco Cosío Robelo y el Ingeniero Robles Domínguez, en México; Ramón Rosales y Rafael Silva, en Pachuca; Serratos, en Orizaba; Higareda Reed, Urquidi, González..... Los cateos se multiplicaron, y cayó en

poder del gobierno la correspondencia—al Ingeniero Robles Domínguez se le encontró toda, ien la carpeta de su despacho!—nombramientos, listas, armas,—algunas todavía en las oficinas del Express rotuladas con cualquier nombre—todas las piezas indispensables para un magnífico proceso por rebelión. Se enviaron exhortos á los Estados, se aumentó considerablemente el servicio secreto de la Policía, y se abrieron de par en par las puertas del Palacio penitenciario. En breves días fueron consignados á los Juzgados de Distrito, centenares de individuos arrestados en la Capital y en los Estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Hidalgo, Michoacán y Guerrero.

Como el gobierno daba á la prensa los informes en la extensión, estilo é intención que más conveniente creía para él, una fama tristísima rodeó á los luchadores de la libertad perseguidos por la dictadura; todo cayó sobre ellos: desde la más absurda calumnia hasta la burla más sangrienta. "El Imparcial", "El Diario", y á las veces "El País" se distinguieron en tan innoble tarea. Díjose que el plan de los conspiradores era volar con dinamita algunos edificios públicos; asesinar á los funcionarios y sus familias, en fin, aterrorizar á México, la noche del 20 de noviembre, con la noche del 24 de agosto en París. Eso por una parte; por otra, los periódicos forjaban á su antojo las versiones más absurdas, con tal de que en ellas cupiera el ridículo infamante para los revolucionarios.

Felizmente para la revolución, las tremendas imputaciones son falsas de toda falsedad. El plan de los conjurados, sí era, en lo general, iniciar simultáneamente sublevaciones en distintos puntos del Distrito Federal y atacar á la Capital por varias partes; y decimos, en lo general, porque particularmente, nadie, ni los mismos jefes, podía asegurar lo que se haría. ¡Es de tal manera decisivo el azar en semejantes acontecimientos!

Por lo demás, el célebre plan de los conspiradores de noviembre, habría fracasado irremisiblemente; contaban, es cierto, con centenares de hombres resueltos en la Capital y en las ciudades próximas. Esto no habría bastado, porque no tenían armas suficientes; porque indudablemente muchos, muchísimos, *no habrían cumplido*,—esta es una verdad absoluta en todas las conspiraciones,—y porque la guarnición de la Capital, tan numerosa y fuerte como era, aun cuando hubiese sido sorprendida, en breve tiempo, y esto es instintivo, habría reaccionado.

Hubo, entre los anti-reeleccionistas de la Capital

muchos que ignoraron el complot hasta que la prensa lo hizo público; otros, que antes y después del 20 de noviembre permanecieron, en apariencia, indiferentes y fueron revolucionarios de corazón, aunque no de acción; y, finalmente, otros que se volvieron contra la Revolución y trataron de denigrar á los que habían llamado correligionarios.

Hemos dicho que el 12 de Octubre salió de México el Lic. D. Federico González Garza, Presidente del Comité Ejecutivo del Centro Anti-reeleccionista, rumbo á los Estados Unidos; J. de la Luz Soto también había dejado la Capital; prominentes propagandistas hallábanse presos, en mazmorras de Belén, desde la jornada del 11 de Septiembre; preparando la insurrección, se encontraban fuera de México, los Sres. Sánchez Azcona, Ing. Manuel Urquidi, Octavio Bertrand, todos ellos de la Mesa Directiva del Comité. Estas circunstancias, y sobre todo, el hecho de que el Jefe nato del Partido Anti-reeleccionista y con él la mayoría del partido habíanse lanzado á la revolución, asientan, con la firmeza incommovible de los hechos consumados, esta realidad: no existía ya el Centro Anti-reeleccionista; lo único que podía existir en la Capital y que había era una Junta Revolucionaria. Sin embargo, dos ex-vocales del Comité Ejecutivo Electoral y otros diez ó doce anti-reeleccionistas, se reunieron una bella mañana, y por sí y ante sí, distribuyéronse los puestos de una usurpada Mesa Directiva. Acto contínuo, y en el mismo *Diario del Hogar* de que se sirvió el Dr. Vázquez Gómez, publicaron un artículo en que atacaron á la Revolución y á sus hombres en términos semejantes á los que empleaba la prensa del dictador.

II

Fondo obscuro para rojo incendio.—Viaje de Aquiles Serdán y de su hermana Carmen á San Antonio.—Preparativos de insurrección.—Cateo en la casa de los hermanos Roussel; consecuencias.—Los defensores.—Justicia del primer tiro.—En plena calle.—Cinco ciudadanos y un niño, seis hombres más.—Los héroes.—20 contra mil.—Fausto Nieto.—Los radios de la muerte.—Adolescente sublime.—Las heroínas.—¡Abandonados!—Terrible combate.—Aquiles medita...—El escondite.—Hazaña de esbirro.—Joaquín Pita ríe.—Asesinos de niños.—Los mártires.—Hienas y grajos.—Resurrexit!

El asunto de este capítulo, es sencillamente épico. No trataremos de justificar el calificativo; ya lo ha sido por todas las versiones, aún las falsas y mal intencionadas, y si nuestra pluma no es capaz de trasladar al papel el sangriento drama que inmortalizó á los Serdán, sí puede el lector tener la seguridad de conocer aquí la verdad en toda su grandiosa sencillez.

Tal vez en ninguno de los Estados de la República, la tiranía fué tan despótica, tan sanguinaria, tan alevosa, y al mismo tiempo tan degenerada y brutal, digámoslo de una vez, tan miserable, como en el Estado de Puebla. El espíritu sombrío de la dictadura tomó formas horribles en Mucio P. Martínez, en Miguel Cabrera, en Joaquín Pita y en Machorro. Sirvieron estos hombres admirablemente de fondo obscuro al épico fulgor de la tragedia, les pertenece la inmortalidad de este verso: la sombra que hace resaltar la estrella.

Así se explica cómo el Estado de Puebla fué de los más ardientes anti-reeleccionistas, y cómo desde sus primeras giras el Sr. Madero fué recibido allí como el esperado salvador de los oprimidos. La campaña electoral fué en Puebla vivísima, y naturalmente las persecuciones y los atentados llegaron también á su máximo.